

El fracaso del plan Morrison, para distribución del pescado fresco

por MAREIRO

M. W. S. Morrison es el Ministro de Abastecimientos del Reino Unido de la Gran Bretaña e Irlanda.

Al declararse la guerra centro-europea, mister Morrison sintió toda la responsabilidad de su cargo y se dispuso a cohibir los fenómenos de revalorización y escasez, que suelen presentarse como secuela de situaciones semejantes a la que su país abocaba. Es posible, además, que el terreno estuviera preparado por cierta especulación desarrollada a base de pescado, por numerosos negociantes que en Inglaterra, como en las naciones marítimas continentales, se interponen entre el productor y el consumidor.

Sugerimos esta apreciación, porque desde hace ya largos meses en los principales puertos venían intentándose diversos sistemas de control sobre precios, medidas que son siempre consecuencia de una alteración más o menos brusca y más o menos injustificada de las cotizaciones habituales.

Influido por estos o por otros antecedentes, lo cierto es que mister Morrison preparó su plan.

Había en él, también, la preocupación bélica, el temor de que los bombardeos de la aviación enemiga sobre determinados centros de distribución, pudieran dejar desabastecida en un momento determinado alguna zona importante de población.

¿En qué consistía, pues, el plan Morrison?

En montar una red de 85 grandes depósitos de pescado fresco, al cual se enviaba todo el producto desembarcado en los puertos, según una proporción previamente calculada. De este modo, los puertos dejaron de ser centros de venta, pues todos los pedidos habían de dirigirse forzosamente a los depósitos correspondientes, designados en el plan.

Este comprendía, además, la fijación de precios en destino, también con un criterio puramente

apriorístico, que la práctica se encargó bien pronto de malograr.

* * *

Tres semanas fueron suficientes para demostrar la imposibilidad del plan Morrison. Su propio autor, contestando interpelaciones que le fueron dirigidas en la Cámara de los Comunes, confesó el fracaso y anunció la cesación de las medidas que ideara.

La primer consecuencia fué condenar al paro forzoso miles y miles de personas dedicadas exclusivamente a la manipulación, venta y transporte del pescado fresco.

La segunda, un espantoso desorden en el abastecimiento. Algunas ciudades importantes quedaron sin pescado varios días; en otro recibieron tres veces el cupo habitual de consumo.

El tercer lugar, la mercancía, aún vendida a precios tasados, resultaba encarecida por mayores gastos de transportes, por más comisionistas interpuestos, por grandes cantidades de pesca inutilizada, etc.

En Londres el fracaso revistió caracteres particularmente graves. Los puestos del mercado mayorista de Billingsgate, permanecieron cerrados en su mayoría, no obstante lo cual, la autoridad municipal reclamó el alquiler a los concesionarios, originándose con este motivo no pocas incidencias.

Las complicaciones, en suma, se multiplicaron a un extremo insospechado, revelando cuanto tiene de difícil y de árduo, el problema de vender y distribuir un alimento tan difundido como el pescado, en cuyo comercio existen tantos y tantos intereses arraigados desde hace años y años.

* * *

Se puede adivinar fácilmente en que terminó la anomala situación, creada por el plan Morrison. Sobrevino la abolición del siste-

ma, y en su lugar, el restablecimiento de precios máximos no en todo el país—lo que resucitaría el desorden—, sino en los centros principales de distribución; un precio máximo para exportadores y asentadores, y una licencia para comerciar exigida a estos últimos.

Al lado de esta simplificación, el Gobierno ha requerido el asesoramiento de los propios industriales, constituyendo a tal fin una comisión integrada por armadores, tripulantes y exportadores. Esta comisión tiene como fin informar al Ministro de las medidas que proceda adoptar para prevenir cualquier eventualidad, cuidar del cumplimiento de la tasa y mantener abastecido regularmente a todo el país.

Al propio tiempo el Gobierno logró un aumento de salario para los tripulantes, y el Almirantazgo prometió adoptar disposiciones que permitan a la flota pesquera inglesa trabajar normalmente, fuera del alcance de los submarinos alemanes.

En todo ello hubo la ventaja de brevedad: reconocido el fracaso, no se sintió en él, se confesó paladinamente y se remedió con eficacia.

* * *

De este episodio inglés sería fácil extraer diversos y sabrosos comentarios. No lo juzgamos preciso, porque lo ocurrido tiene en sí suficiente elocuencia.

Los franceses han seguido con curiosidad el experimento de sus aliados en este asunto, y al contemplar su desenlace, una publicación económica de París lo subraya diciendo:

«Todo esto demuestra, una vez más, que los gobiernos deben limitarse a su misión de hacer las leyes, y no de hacer el comercio. No se convierte un fresquero en legislador, ni un legislador en fresquero de la noche a la mañana».